

Carlos Alvar (Granada, 1951), catedrático de Literaturas Románicas de la Universidad de Murcia. Ha publicado: "La poesía trovadoresca en España y Portugal, La poesía de Trovadores, Roveres y Minnesinger, y La muerte del Rey Arturo".

## El amor en la poesía española de tipo tradicional y en el Romancero

(Primera de cuatro partes)

**Amor es un no sé qué  
y nace no sé de dónde,  
y mata no sé por dónde,  
y hiere no sé con qué.**

(Canción tradicional)

El mundo amoroso de los trovadores provenzales es un mundo cerrado, inflexible, regido por unas severas normas de comportamiento: hasta el más pequeño detalle tiene un significado; si alguien olvida las reglas de este juego, es rechazado por la dama. En el norte de Francia ocurre algo similar; los héroes de las narraciones alimentan su amor con los sufrimientos que ese mismo amor produce; es esta concepción la que llega a la poseía de los Cancioneros castellanos del siglo XV: el tormento amoroso sólo finaliza con la muerte, pero la dama se vería privada de su máximo placer, que es hacer sufrir al enamorado.

Frente a esta situación perfectamente jerarquizada y en la que el poeta-enamorado se reconoce vasallo de la fría dama, sorprende la idea de amor que se respira en la lírica tradicional, en la que las situaciones y posibilidades son numerosísimas y de una frescura y naturalidad realmente llamativas.

Son muy abundantes las diferencias que separan la lírica tradicional de la lírica culta o cortés, y no voy a entrar ahora en su enumeración; posiblemente de todas estas diferencias una de las más destacadas es que la poesía de los trovadores está dirigida siempre a mujeres casadas, al menos así ocurre en la poesía provenzal y en la francesa; la lírica de tipo tradicional, por el contrario, se dedica especialmente a doncellas, aunque los autores no rechazan otras posibilidades:

**¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**

**El amor de la doncella  
que fuera discreta y bella,  
para el que gozare della  
será gustoso, aunque tarde.  
¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**



Venus ante el espejo (Giovanni Bellini, óleo sobre madera)

**El amor de la casada  
me satisface y agrada,  
porque como está encerrada  
ni la celo ni la guardo.  
¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**

**El amor de la viuda  
por mi casa y puerta acuda,  
que no hay peligro ni duda,  
si la pica sólo un cardo  
¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**

**El amor de la beata  
es apacible y no mata,  
que no pide oro ni plata,  
mas secreto y paño pardo.  
¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**

**El amor de cualquier monja  
que me chupa como esponja  
y todo es una lisonja,  
y muero, padezco y ardo.  
¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**

**El amor de la soltera  
lo trocaré por cualquiera,  
aunque vuestro dolor fuera**

**más que Narciso gallardo.  
¡Ay, Dios, quién hincase un dardo  
en aquel venadico pardo!**

Es una auténtica declaración de principios, en la que la mujer libre de ataduras ocupa un lugar destacado.

Los pasos que tiene que seguir el leal enamorado en la lírica cortés son ignorados por la poesía tradicional; el trovador empezaba fingiendo, ocultando sus sentimientos, hasta que la pasión le resultaba incontenible y le desbordaba cada vez que veía a la dama; entonces, le expresaba sus penas y le suplicaba que lo aceptara como servidor amoroso. El consentimiento de la dama no saciaba más que momentáneamente al enamorado, que seguía insistiendo hasta que conseguía algún presente o alguna promesa de ella; quedaba recorrida así la mayor parte del camino; sólo faltaba ya que la dama acogiera a insistente servidor en su lecho. Todo el proceso debía desarrollarse en el más absoluto de los secretos y a escondidas de las envidiosas miradas de los enemigos. En la lírica de tipo tradicional se prescinde de esta concatenación y se presenta directamente a la mujer, que suele hablar en primera persona, o dialoga con su madre o su amado, o recuerda los buenos tiempos pasados.

El hecho de que la poesía de tipo tradicional sea fundamentalmente una lírica puesta en boca de mujer, obliga a que en la mayoría de los casos sea ésta la que se presenta como enamorada y, por tanto, los papeles quedan invertidos con respecto a la lírica cortés; el personaje masculino apenas es algo más que un recuerdo que se confunde en muchos casos con una reflexión del narrador o con la "voz interior" de la propia muchacha:

**Si eres niña y has amor,  
¿qué harás cuando mayor?**

(Continuará)

